

JORGE Luis Borges desayunaba. Había un rutilante mantel individual con el diseño de la bandera inglesa bajo el café. Su madre, una mujer frágil y pálida, lo contemplaba con una expresión ensimismada o ausente.

Borges se puso de pie y me extendió su mano, que, pasiva, se dejó apretar.

—Tener que vivir noventa y siete años no se lo deseo a nadie —dijo la madre.

—A mí me gustaría vivir muchos años.

—Cuando uno depende de otros para vivir, vivir no es agradable. Es un gran sacrificio —dijo, y se encaminó hacia el balcón con pequeños pasos vacilantes.

—Me dicen que camine. Yo no quiero caminar más, no quiero caminar más.

—Vaya ahora al balcón, madre —dijo Borges, y se sentó. Tenía la expresión vagamente feliz que le conozco de otros reportajes, y que podría sintetizarse: «No me incómoda hablar, más bien me divierte».

Desde la calle, entre voces, chirriar de frenos y bocinas, subía discontinua la melodía de un tango. «No se puede vivir aquí con tanto ruido».

—¿No le gusta el tango?
—Detesto el tango —dijo enfáticamente—. Tan sentimental, cuando pienso en los orígenes infames del tango, inventado en los prostíbulos de la calle Junín del año ochenta.

—¿Quién piensa en el origen de las cosas? Además, poco tiene que ver este tango con aquél.

—Este es peor que aquél.
—Cuénteme de su infancia.

realizados con una tal lentitud y había tanta desconexión entre ellos y la expresión serena, un poco ajena a todo, de su rostro, que manos y rostro parecían pertenecer a personas diferentes.

—¿Qué manos tan chicas tiene!
—dije, acercando las mías.

Con un gesto sobresaltado retiró las suyas.

—Sí, sí... chicas.
Y de golpe:

—Me gusta el campo.
—¿Recuerda con placer, verdad?

—Sí, me gustaba nadar. Aprendía en el arroyo Ramallo.

—Era un niño feliz.
—Sí... tal vez. El otro recuerdo importante para mí es la biblioteca de mi padre. Yo me he educado en la biblioteca de mi padre. Como dijo Bernard Shaw: «Mi educación fue interrumpida por mis años escolares». Tal vez la educación de todos los niños es interrumpida por los años escolares, ¿no?

—Otra vez debo recordarle su clase.

—¿Usted cree? ¿Por qué?

—Porque a las escuelas van los hijos de todo el mundo. En la mayoría de los casos, los maestros están en mejor condición de educar al niño que sus padres.

—Me parece horrible aplazar a alguien.

—¿Por qué pensó en eso?

—No sé. Yo soy profesor de Literatura Inglesa, y en veinte años sólo reprobé a dos alumnos.

—¿Sería, en definitiva, el sentimiento de que nadie puede ser juez de otro?

—Sí, puede ser eso.

—¿O es el dolor que le da producir dolor a otro?

cado a usted o a su literatura?

—Las espadas de mis abuelos provocaban mi fantasía. El retrato de mi bisabuelo, el coronel Suárez, que ganó la batalla de Junín. Y mi abuelo Borges, que defendió la plaza sitiada de Montevideo y tomó parte en la batalla de Caseros.

—Usted tiene una gran añoranza de todo eso. ¿Le hubiera gustado?

—Sí, sí, sí... pero no sé si hubiera servido.

—Tal vez su añoranza es de no haber servido. Se ve en sus cuentos. Sur, por ejemplo. Ese personaje es usted mismo.

—Sí, es en parte un cuento autobiográfico.

—Ahí está eligiendo su muerte. Preferiría morir acuchillado en la llanura que morir en un quirófano.

—Sí. Matar o ser muerto acaso no sea peor que envejecer, morir en la cama o sufrir la noche, dije alguna vez.

—Sufrir la noche. ¿Sufrir realmente la noche? A veces se puede tener la impresión de que usted siente cierta felicidad no viendo. En el cuento sobre Homero, cuando el héroe descubre que ha dejado de ver, dice: "Sintió como quien reconoce una música o una voz". Y luego: "Lo había encarado con temor, pero también con júbilo, esperanza y curiosidad".

—No, una cierta felicidad. Pero yo nunca viví en un mundo visual. Por ejemplo... —dijo, y quedó callado tanto rato que pensé que se había olvidado de mí.

—¿Qué quiere decir con que nunca vivió en un mundo visual? —le dije finalmente.

—Por ejemplo, yo sé que tengo,

una mujer qué es? ¿Su manera de hablar, por ejemplo?

—¡Ah, no!, pero... pero...
Otra vez volvió a distraerse. Le dije:

—Estábamos hablando de las mujeres. De las mujeres que lo enamoran.

—No, pero es que yo creo que hay algo misterioso ahí... ¿Qué le parece si dejamos?

—¿Así, de golpe? ¿Por qué?

—Me parece que estoy hablando demasiado.

—Lo que usted no quiera que diga, no voy a decirlo. ¿Quiere que borre lo que acaba de decir sobre las mujeres?

—Usted puede decir lo que quiera —respondió con tono de fastidio.

—Seguimos entonces. Me decía que no podría describir a la mujer que ama.

—Sí. Eso es todo.

—¿Qué está escribiendo en este momento?

—Estoy corrigiendo mi obra, que Emecé publicará completa.

—¿Qué entiende por corregir?

—Lo que en general se entiende por corregir. Además pienso dejar caer ciertas cosas que no me gustan.

—¿Qué cosas? Cosas enteras no.

—Sí, cosas enteras sí. Estoy tratando de hacer un libro que me desagrade menos que los anteriores.

—¿Será una buena crítica de usted mismo?

—No sé, pero soy el único crítico de que dispongo.

—Por lo menos con un criterio que usted respeta.

—Bueno, después de todo, yo escribí esas cosas con mi criterio también.

BORGES O EL RIESGO DE SE

—Bueno —dijo, y quedó pensativo—. Recuerdo mis largos veranos en las estancias. Cuando era chico era bastante jinete..., bueno, como todo el mundo.

—Todo el mundo que pertenece a su clase.

—¿Ser jinete?

—Seguro. Los chicos no son jinetes, salvo que sean del campo o de la clase alta. Los chicos de la ciudad juegan al fútbol.

—Eso es verdad; pero cuando yo era chico, la palabra fútbol era desconocida, salvo en los colegios ingleses —dijo, y quedó pensativo, pellizcándose las manos, apretándose los dedos en un gesto que repite interminable e inevitablemente. Eran los gestos que habrían correspondido a un nervioso. Sin embargo, estaban

—Es, tal vez, la sensación de que uno debe salvarse a sí mismo, y aquí vuelvo a Bernard Shaw. Cuando él oía decir que Jesucristo era Dios, que había tomado forma humana y se había hecho crucificar, decía: «Un caballero no puede aceptar la salvación que otro le ofrece, tiene que salvarse él mismo» —dijo, y se tentó con esa risa que nunca es más que un proyecto, que muere apenas nacida—.

Disculpe si la estoy escandalizando. Yo no creo en el cielo ni en el infierno, y no creo que un hecho ajeno pueda salvarme o condenarme, porque si fuera así, yo sería culpable de todos los crímenes que se cometen también.

—¿Considera que hay algún hecho en su infancia que lo ha mar-

lo ha asegurado mi madre, que no me engaña, dos corbatas.

—Me parece que eso tiene que ver con otras características suyas. Usted no sabe cuántas corbatas tiene porque no le interesan las corbatas, simplemente.

—Yo no sé cuál es el color de la ropa que llevo. Por ejemplo, me ha sucedido de estar enamorado de una mujer, muy enamorado, este... este... y no poder imaginármela bien.

—Explíqueme qué quiere decir exactamente.

—Imagino el ambiente de ella. La felicidad de estar con ella. Eso sí lo imagino. Pero si me preguntan el color de sus ojos, la forma de la nariz o de su boca, yo no sabría contestar.

—¿Entonces, lo que le llega de

—¿Cómo se siente cuando piensa que dejará una obra tan vasta?

—De esa obra se encargarán el polvo y el olvido.

—¿Está seguro que va a ser olvidado?

—Estoy totalmente seguro.

—¿En serio?

—Pero sí lo que yo he escrito no vale nada...

—Usted no habla en serio.

Me miró con incontenida impaciencia.

—A mí no me gusta lo que yo escribo. Tendré algunos cuentos que son buenos porque habrá algún eco de Kipling, por ejemplo.

—Pero, ¿por qué no le gusta lo que escribe? ¿Nunca le gustó, o ahora mira para atrás y no le gusta?



R BORGES

—No sé, uno escribe lo que puede y no lo que quiere. Uno no toma la decisión de ser Shakespeare.

—Pero toma la decisión de ser Borges. Y hay toda una generación que lo aplaude en varios idiomas. Una generación de críticos, de lectores.

—Ese es un criterio estadístico.
—Sí, es estadístico, pero me parece válido. Para manejarnos hoy no tenemos muchas otras pautas objetivas.

—Con ese criterio tendríamos que aceptar todos los gobiernos que se eligen por mayoría.

—Usted, como liberal, tiene que aceptarlos.

—¿Quién dice que soy liberal?
—dijo con aire quisquilloso, y por un largo rato quedó callado.

No le pregunté nada. Esperé silenciosa a ver qué sacaba del ignoto pozo de su memoria. Y cuando habló, lamenté largamente no haber podido seguirlo a través de sus singulares asociaciones. Dijo:

—Estoy seguro que no hay nada después de la muerte. Está segura que no lo hay. Puede estar tranquila.

—¿Qué lo llevó a pensar eso ahora?

—¡Oh!

—¿Usted piensa que si hubiera otra vida caería en el infierno?

—No. ¡Cómo voy a caer en el infierno! Ni en el infierno ni en el cielo. Yo no merezco ni castigo ni recompensa. He vivido como he podido. Tratando de ser una persona justa, razonablemente

María Esther Gilio

justa. Hay tantas cosas en sentido contrario que yo no entiendo... Por ejemplo, la venganza, no la entiendo.

—Sin embargo, usted, en sus cuentos, suele referirse a la venganza, y es posible pensar que le causa placer.

—Sí... mis cuentos. Pero si una persona me ha hecho una injuria, yo la olvido en seguida. De modo que no estoy peleado con nadie, no le deseo mal a nadie.

—Esa es, tal vez, una forma de despreciar al otro.

—Ah, puede ser, pero... pero...

—¿Le parece más útil, socialmente más útil?

—¡No! ¡Qué socialmente! Porque si usted está pensando en una persona, odiándola —todo eso está escrito, estoy plagiándome a

mí mismo—, usted depende de la otra, es un poco esclavo de la otra. Es su sirviente. Como cuando a un hombre una mujer lo deja. Lo único que puede hacer es olvidarla, porque si no, se condena a sí mismo a la desdicha. Desde luego, el valor no es tan fácil. Pero cuando pasa el tiempo, el valor llega, ¿no?; porque llega el olvido, porque la vida trae otras cosas. Claro, que para una persona de setenta y cuatro años no es tan fácil esperar novedades. Entonces uno tiene que inventarlas. En el cincuenta y cinco yo inventé el estudio del anglosajón, y después del escandinavo antiguo.

—¿Para leer qué?

Vacila, masculla, dice dos o tres palabras ininteligibles.

—Esa pregunta no le gusta, ya veo —le digo.

—No, no, no. Sí me gusta. De todas las naciones germánicas de la Edad Media, la que produjo una literatura más rica es la es-

BORGES

candinava. Cuando fui a Islandia se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Qué extraño! ¿Qué le conmovía tanto de Islandia?

—Hablan la lengua como hace siete siglos. Desprecian a los noruegos y los suecos porque su lengua se ha deformado. Para mí, la clase media es una clase superior. La aristocracia es muy parecida al pueblo.

—¿En qué se parecen?

—Son muy nacionalistas y el pueblo también lo es. Les da por las mismas cosas. Les da por el lujo, las carreras.

—Sin embargo, la clase media es la que tiene más miedo a los cambios, la que está más llena de trabas, la más conservadora.

—¡Y está bien que sea conservadora! —dijo, y cayó en la distracción más total.

Al cabo de treinta o cuarenta segundos volvió a hablar.

—Yo... si pudiera irme...

—¿A dónde?

Cambiando la voz:

—No sé... para otra parte.

—¿Le gustaría irse a vivir a otro lado?

Muy pensativo:

—No, me gusta Buenos Aires, porque viajar... para un ciego... Yo creo que voy a terminar quedándome aquí. Yo quiero mucho a Buenos Aires, aunque es una ciudad tan fea.

—Buenos Aires no es fea. Es muy parecida a París.

—Buenos Aires es fea, y París también es fea.

De pronto, con un golpe de impaciencia:

—Bueno, ¿qué otra cosa quiere saber?

—¿Usted cree que su falta de vista ha influido en sus temas?

—No en la elección. Ha influido en la mayor sencillez con que escribo. Hay palabras que uno se atreve a escribir y no se atreve a dictar porque las considera rebuscadas. Yo creo escribir ahora con una sintaxis que se parece más al lenguaje oral.

—No había pensado que una circunstancia exterior podía modificar un estilo. Cuando le hice la pregunta me refería más bien a la visión del mundo que se refleja en sus obras. Pensé que sus obsesiones literarias eran las de alguien a quien se le cerró uno de los accesos al mundo exterior. En una conferencia usted dijo: "Las casas son para mí laberintos".

—Sí, pero siempre fueron laberintos, no sólo cuando dejé de ver.

—Su mundo literario con espejos, tigres...

—... cuchillos...

—... cuchillos... ¿no es el específico mundo que recrea alguien que sólo ve luces, sombras?...

—No, no, es anterior. ¿Usted sabe? Actualmente trato de huir de ese mundo para no parecerme demasiado a Borges. Cuando hago una frase muy característica mía, la tacho para que no digan: «Acá está Borges repitiéndose a sí mismo».

—En su literatura hay psicologías muy bien relatadas, pero se refieren a personajes fantásticos; cuando aborda el hombre real, es como si éste fuera también una invención.

—No sé, puede ser. No había pensado en eso. Tiene cierta lógica, sin embargo. Yo le digo a usted: «Fulana caminaba por la calle Chacabuco». No precisa que se la detalle, porque usted conoce la calle Chacabuco. Si yo elijo hacer una escena fantástica, preciso ser un poco detallado.

—Al contestarme eso está, en parte, corroborando lo que digo. Yo hablaba de personajes, no de cosas.

—Puede ser, pero, en todo caso, es inconsciente.

—¿No habrá alguna forma de lejanía entre usted y sus contemporáneos?

—No creo. Soy un hombre que tiene muchos amigos.

—Yo no dudo de eso, pero es muy claro que usted está realmente ajeno a los problemas de la sociedad en que vive.

—No tengo la vanidad de creer que puedo resolver los problemas de mis contemporáneos.

—Esa vanidad le crearía obligaciones que seguramente no desea asumir.

—Mi escepticismo me impide crearme tales obligaciones. Usted debería ya saber que soy un escéptico; un escéptico no se propone vaguedades tales como salvar a sus contemporáneos. ¿Qué otra cosa quiere saber?

—Quiero saber si soportaba mejor su oscuridad de antes o su situación de ahora, con medallas, honores, periodistas que lo acosan.

—Cuando yo era chico, mi padre me regaló *El hombre invisible*, de Wells, y me dijo: «Aquí tienes este libro, que es muy bueno. Yo querría ser el hombre invisible».

—¿Dijo él?

—Sí, y además lo soy, dijo, porque nadie me conoce. Yo siento eso.

—¿Qué es lo que siente?

—El deseo de ser el hombre invisible. ■ M. E. G.

